

«¡Hay un muerto fuera de hora!»

... Y OTRAS PECULIARIDADES EN RELACIÓN CON LAS CAMPANAS DE MIGUELTRRA **Por Antonio Vallejo Cisneros**

{En nuestro artículo anterior hicimos referencia a cómo a las campanas, en diferentes culturas se les ha conferido cierto poder mágico, de protección, exorcismo y purificación, considerándolas como símbolo de conexión entre el cielo y la tierra, estando relacionadas con la señalización del tiempo o, para convocar a los diferentes cultos religiosos, así como para la emisión de otros tipos de mensajes de interés para la comunidad.}



Es de todos conocido que las campanas siempre han formado parte del patrimonio comunitario de Miguelturra, y que sus tañidos, en cualquier época pasada, fueron considerados como elementos esenciales del propio paisaje sonoro, de igual forma que también lo era el alegre chapetear de las galeras agrícolas rodando por las empedradas calles, el tintineo de la noria de cangilones al sacar agua en el pozo de la huerta, o el 'alambre' de los ganados, en aquellas combinaciones tímbricas fruto de la mezcla del «zumbón», los «piquetes boquianchos» y boquiestrechos, las cencerros «peseteras», y el alegre tintineo de los «grilletes» y «grilletillos».

Hace ya unos treinta años, tuvimos la suerte de poder realizar una serie de entrevistas a distintas personas del lugar, conocedoras todas ellas de aspectos relacionados con nuestras campanas, y fue -entre otros- de José Espinosa Soto, su cuñado Antonio Sánchez Matas, y José Gómez Mohíno, (q.e.p.d.), -conocido popularmente como «Pepe el Campanero»- de quienes obtuvimos una más amplia y profunda información, pues no en vano Espinosa y Antonio habían ostentado el cargo de «monaguillo mayor», respectivamente, durante varios años, así como Pepe, que fue el último eslabón de la saga de los «campaneros» de Miguelturra. Como era habitual en este tipo de ocupaciones, a «campanero» se accedía por herencia, y por ello Pepe, como también su hermano Jesús, recibieron tal cargo de su padre, «Jesúsillo el Campanero», quien a su vez lo había heredado de otro antepasado suyo, «el tío Francisco el campanero». Buena parte de las informaciones recogidas a aquel nuestro paisano, sirvieron de base para la realización de la ponencia «El viejo lenguaje de las campanas de la 'Torre Gorda' de Miguelturra», que expusimos en el I Congreso Nacional sobre Campanología, celebrado en Santander en 1997. De Espinosa, Antonio y Pepe entre otras cosas, pudimos recoger, para después transcribir al lenguaje musical, los «toques» más habituales de nuestras campanas (conservamos como oro en paño aquellas grabaciones sonoras que con ellos realizamos en el campanario del Cristo, así como «las partituras» que de aquellos códigos sonoros fuimos construyendo, y que podrían formar parte del archivo de la memoria histórica de nuestro pueblo), y también nos relataron otras particularidades relacionadas con nuestros campanarios y espadañas. A través de estos informantes supimos que tradicionalmente el campanario «oficial» de Miguelturra fue el de la ermita del Cristo, y no el del templo parroquial, en el que solo había, sobre el tejado de la nave principal, una pequeña campana al igual que también la había en las otras ermitas del pueblo, cuyo servicio era el de avisar a los fieles del



comienzo de los cultos religiosos. La ermita del Cristo contaba -y cuenta- con dos campanarios situados en la fachada frontal, sobre su puerta principal, uno de los cuales -el de la derecha- careció siempre de campanas, mientras que el situado en la izquierda disponía de tres: la «campana gorda» (o de los tránsitos), «la mediana» (que se volteaba en las 'funciones'), y «la pequeña», de sonido más agudo, que tenía su principal protagonismo en «las glorias», o entierro de los párvulos. Según nuestras fuentes, esas campanas fueron bajadas del campanario en la época de la pasada guerra civil, y sustituidas años más tarde por otras dos diferentes, que son las que en la actualidad podemos ver y escuchar (una de las cuales fue donada por el médico D. Jose Mora Sánchez-Vizcaino y su esposa, D^a. Pilar Corral Trujillo, en 1948).

En el otro campanario importante del pueblo, el del templo parroquial, se albergan tres campanas -que son las que ahora se han reparado-, de no buen bronce, y por tanto de escasa calidad sonora, con un tamaño mediano, orientadas al Sur, Norte y Poniente. Este cuerpo de campanas se montó, según consta inscrito en ellas, en el año 1962, año conciliar, siendo cura ecónomo de la localidad D. Miguel Villar Vecina, y llevan las siguientes inscripciones, una de ellas «San José», otra (la mayor) «Nuestra Señora de la Asunción. Ruega por Nosotros», y la tercera «Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío. Sagrado Corazón de María sed la salvación mía». Además, las tres campanas llevan en relieve una cruz con calvario. Así mismo en el habitáculo de linterna situado en la parte superior al campanario se alberga otra campana -por cierto, ya mucho tiempo callada- de buen timbrado sonido. Este sonador estaba conectado mecánicamente con el reloj de torre, y se encargaba de señalar acústicamente las diferentes horas del día. Carece de badajo y suena al ser su copa estimulada por un martillo percutor externo.

Además de los citados campanarios, la espadaña de la ermita de La Virgen de la Estrella, estaba -como en la actualidad- ocupada por dos campanas, de no gran tamaño, de sonido agudo y ágil volteo que, desde el convento de las M.

Mercedarias, aún se escuchan en diferentes horarios, invitándonos a la participación en los tempranos cultos religiosos. Otra espadaña, en este caso la de «La Soledad», carecía de campana, hasta hace más o menos un cuarto de siglo, y de su espadaña, suspendido de unos cables o cadenas, colgaba una especie de ancho aro metálico, que siempre permaneció mudo -al menos para nuestros oídos- haciendo una función meramente decorativa. También en la ermita de San Antón (hasta hace unas tres décadas que fue cuando se puso una pequeña campana para llamar a los cultos en los días de la celebración de su fiesta) se hacía mover una especie de martillo mecánico, a modo de badajo exterior, que percutía sobre un círculo metálico plano -parecido a uno de los topes de los vagones del ferrocarril- que colgaba de lo alto de la espadaña. Tal artilugio -que no campana- emitía un sonido escasamente timbrado, de baja resonancia y muy agudo, fruto no del «vaivén» campanil, y mucho menos del apoteósico volteo, sino más bien del simple tañido, golpe a golpe, conseguido al tirar desde abajo, y junto a la puerta, de un redoblado y grueso alambre, con ciertos empalmes. Muchos quizá recordarán cómo siendo niños, después de participar en la hoguera, era costumbre ir a colocar una castaña pilonga en el hocico del guarrillo del santo, y tirar seguidamente durante unos momentos del alambre para que sonara ¿la campana?,



Iglesia de Peralbillo

aunque, ojo, pues si los chiquillos prolongábamos el 'toque' o bien recogíamos las castañas que había junto a guarrillo, en lugar de poner la nuestra, entonces habríamos de vérnoslas, ni más ni menos que con «José el fraile», un terror de hombre para los chiquillos, pues, naturalmente, como jardinero municipal que era, nunca nos dejaba jugar a la pelota ni patalear el jardín de la plaza de la iglesia. En verdad, era un pobre buen hombre, q.e.p.d., y -siguiendo con el tema de hoy- no podemos dejar de citar la alegre y cantarina campanita de la ermita de Peralbillo que tan ricamente escuchábamos en ágil y continuado volteo cada día de San Marcos (curiosamente esta campana muchos años aparecía bien enjalbegada con cal, para «adecentarla» -sería eso-, y estaba situada bajo aquel tremendo y hermosos nido de cigüeñas, ¿se acuerdan?).

Pero ahora volvamos a aquel campanario oficial de la villa. Desde ahí se transmitían los diferentes mensajes a los miguelturreses, (aunque después también fue utilizado a tales fines el cuerpo de campanas de la parroquia). Nuestra comunidad dispuso -al igual que en multitud de lugares de algún modo relacionados con la cultura europea- de un buen repertorio de «toques», emitidos con sus respectivos códigos sonoros, y entre ellos se hacían oír el «toque de aurora», «ángelus», o el de «oración»; el toque de 'ángelus' se realizaba a las doce del mediodía, con doce tañidos, lentos, en la campana mediana, momento en el cual paraban los labradores su faena y elevaban una plegaria al cielo, para, acto seguido, iniciar la comida y finalmente descansar en una breve siesta; por cierto, uno de los refranes relativos al 'ángelus' sentenciaba «*el que oye las doce y no va a comer, o no tiene hambre o no tiene qué*». Otros toques, aquí en Miguelturra, eran los de «llamada a los diferentes cultos» (rosario, hora santa, novena, sixena, triduos.....), o los de «llamada a misa» (con sus tres toques reglamentarios), el de «misa mayor», «procesión», «toque de arrebato» (generalmente avisando de un fuego, e incluso dando a entender la campana si el fuego se estaba ya extinguendo o si, por el contrario, estaba en pleno auge); también se escuchaban los «tránsitos», «toque de entierro» y el de «señal de entierro», y -curiosa-

mente- aquel que anunciaba «*que había un muerto fuera de hora*» (y no es que se tuviera que morir la gente dentro de un horario establecido, eso no, cada cual moría cuando le tocaba, claro, pero el «toque de muerto fuera de hora», que sonaba precisamente entre las doce del mediodía y las dos de la tarde, daba a entender que el finado era una persona del pueblo pero que en ese tiempo estaba residiendo fuera). También la importancia social que el finado hubiera tenido en vida quedaba reflejada por el tañido de las campanas, ya que si el fallecido era adinerado, la familia pagaba a los campaneros un buen dinero, a cambio de que hiciesen sonar durante bastante tiempo «los tránsitos», y por el contrario sonarían brevemente en el caso de una economía modesta, pues ya lo decía el refrán «*por el dinero de su bolsón le doblan al muerto la campana y el esquilon; y cuando el pobre este mundo deja, no le tocan ni un teja*». También «Pepe el campanero», en relación con estas cosas nos contó: «*Nos solían encargar cinco o diez reales de tránsitos.....cuando encargaban veinte reales {o sea, un duro, o cinco de las antiguas pesetas} teníamos fiesta en mi casa*». Pero de entre aquellos 'toques' de la etapa del óbito, el que debido a su composición sonora transmitía, no solo menos tristeza si no más bien alegría, era el de «gloria», que se emitía, como ya dijimos, tras el fallecimiento de un párvulo; ese 'toque', aquí en nuestro pueblo se emitía de manera ágil, utilizándose únicamente las dos campanas de sonido más agudo, en un hábil juego sonoro, plenamente musical, que se conseguía repicando directamente con el badajo.

Otros 'toques' transmisores de mensajes de alegría, aún los podemos escuchar, aquí en Miguelturra, en las vísperas de nuestros patronos, el Cristo de la Misericordia y la Virgen de la Estrella: ya desde antiguo, después de las ocho de la tarde, un largo y alegre volteo de campanas ha venido anunciando la Fiesta Grande, toque que repetido al día siguiente -previo a la misa mayor, y desde una dos horas antes, pues ya lo decía el refrán «*En la fiesta del patrón, repiques, cohetes, música y sermón*». Otro 'toque' similar a éste citado se escuchaba cada año cuando «los quintos», todos juntos, acudían a la ermita del Cristo y participaban en una misa ante el santo patrón, antes de incorporarse al servicio a la patria, pues era tradición que estos jóvenes subieran al campanario para, entre todos y por turnos, echar las campanas al vuelo a toda velocidad, en un acto de comunicación al pueblo de la alegría de aquel colectivo.

¿Cuál es el simpático origen de «las campanadas churriegas de fin de año»? ¿Qué papel corresponde actualmente a nuestras campanas, como parte que son de la realidad e identidad del paisaje sonoro de nuestro Miguelturra? Aunque de manera breve, sobre estos, y algún que otro tema, escribiremos en otro momento.